

tasmagoría de imágenes que encierra, en simples relatos y en sencillos razonamientos.

Voy á copiar el comienzo del Capítulo IV, y pido al lector que, si le es posible, se atenga á la primera impresión. Se trata de la venta de las Indulgencias y de la elección de Carlos V, y Michelet, dice:

Si Plutón es ciego, como se ha dicho, debe lamentarlo. El tiempo del cual relatamos la historia, hubiera satisfecho su vista; la feliz extensión de las actividades en todos sentidos, parecía no haber tenido lugar más que con el objeto de propagar su imperio; para él la tierra había sido duplicada; para él y por él las tres grandes cosas modernas aparecían: burocracia, diplomacia y banca; el usurero, el comisionado y el espía.

Seamos francos, seamos fuertes, y que los antiguos dioses descendan del altar. Son demasiado vanos misterios. Más modestos y más verdaderos los dioses griegos en Aristófanes. Entre ellos mismos introducen su sucesor, el buen Plutón. Ellos confiesan francamente que sin él morirían de hambre. Mercurio deja su oficio de dios, que no le sirve ya; en el Olimpo toma el oficio de cocinero, lava las tripas y dice en tono de sabio: «Donde se está bien, está la patria.»

Esto es franco y claro. ¡Pero cuán detestable no es la hipocresía moderna! ¡Este esfuerzo que se hace por armonizar lo antiguo y lo nuevo, por enlucir y chapucear la rapacidad financiera con la ferocidad fanática!

Para explicarse este pasaje hay que conocer muy bien á Aristófanes. ¿Y cuántos han estudiado á Aristófanes?

Además, es necesario estar desde mucho tiempo antes en comercio con las ideas, para adivinar que estas alegorías y estas alusiones metafísicas significan simplemente que en el siglo XVI la necesidad y el poder del oro son más grandes que otras veces.

Es necesario, además, saber la historia antigua y la moderna para comprender desde luego esta alusión lírica al fanatismo y la avidez de los españoles, y á la avidez y la tolerancia de los pueblos antiguos; es necesario, en fin, tener el hábito del estilo, para no ser espantados por la violencia y la extrañeza de la expresión: *enlucir y chapucear la rapacidad financiera con la ferocidad fanática*. Y, sobre todo, es necesario tener el espíritu naturalmente muy apacible; porque cualquiera que se dejase arrebatar por el entusiasmo y la palabra amarga del trozo, sería turbado hasta lo último de su alma, y serían sus ideas anegadas por sus emociones.

Pues el volumen entero, y todos los volúmenes de la *Historia de Francia*, son del mismo estilo. M. Michelet, sin duda no escribió nada más que para algunos literatos aficionados al análisis. En cambio quiso persuadir al público, mejor aún, al pueblo. Consideró la historia como una escuela popular de patriotismo y de moral. ¿Es probable que con esta manera de escribir se haga entender del obrero que sale de su fábrica y para reposar abre un libro y se entrega á la lectura?

Diremos aún alguna cosa sobre el estilo. Está compuesto de exageraciones. La sensibilidad en el autor se convierte en enfermedad; las cosas que los demás sentimos apenas, le hacen á él gritar. Muchos dirán que grita á posta y por costumbre. Esta fiebre del alma se desborda en expresiones convulsivas. Extrema el colmo de la pasión; escribe mediante frases breves, bruscas, que parecen accesos de dolor. Tomo algunas

de ellas al azar, pues son millares. «Es en 1517 cuando estalla la disputa de Las Casas y Sepúlveda, el día horrible que abre la fosa donde por el amor del oro se arrojó á dos mundos: el negro encima del indiano.» Poco más adelante, respecto á la elección de Carlos V: «Se había formado un monstruo; España y Alemania, encoladas la una con la otra y cara á cara, Torquemada contra Lutero.» Estas frases no son más que violentas. Pero una vez que lo violento se ha hecho bello, ya no tiene límites, y se acaba por caer en lo retórico y hasta en lo ridículo. ¿Le sucede esto á M. Michelet, cuando después de haber expuesto la detestable grosería de Francisco I y la huída de Margarita, escribió, á modo de resumen, esta vaga frase, que no es más que una frase: «la tierra había vencido al cielo y lo había rebajado hasta ella?» — «Falto de ideas—dice Beranger—hizo una oda.» Es cierto que en una oda de esta especie el autor narra la muerte de Zuinglio: «Su amigo Miconio, para salvar su corazón de los ultrajes, le arroja en la corriente del Rhin; *el río de los antiguos héroes se hizo así más heroico.*» En fin, ¿no es más curioso ver á un historiador buscar, en lugar de expresiones, metáforas en los descubrimientos de la física moderna, y decir, en estilo de preciosista, que Guechardin escribió la llegada de Borbón y de sus mercenarios con *una tinta helada al frío del mercurio?* No hay nadie como él para reunir tales contrastes y para llevar en la imaginación mano á mano al marqués de Mascari- lle y M. Gay Lussac.

¿Podría él evitar estos rasgos? No; por desgracia,

su talento tiene estos defectos. Es como un pintor que pusiera sobre su paleta escarlata brillante y en el mismo sitio defestable aceite, que viniese á mezclarse y manchar su lienzo. Nuestro espíritu es una máquina construida tan matemáticamente como un reloj: si tal ó cual resorte la conduce, acelera ó retarda el movimiento de los otros, y la impresión que los comunica escapa al gobierno de nuestra voluntad, porque es nuestra voluntad misma. El impulso dado nos conduce; vamos irresistiblemente por el camino trazado, y el autómeta espiritual que constituye nuestro sér no se contiene más que para derrumbarse. El método todopoderoso en M. Michelet es esa sensibilidad exaltada á la que se ha llamado imaginación del corazón. Ella le da elocuencia, el instinto de la verdad histórica, el sentido psicológico, la facultad de hacer revivir las almas. Ella le impone, con una necesidad igual á la obligación, tomar hipótesis dudosas por verdades ciertas, transformar los hechos en exclamaciones, las ideas generales en alegorías, obscurecer su estilo, exagerar y falsear sus expresiones. Ella le pone ante los ojos, como modelo y como soberana, una belleza ideal, dolorosa, apasionada, tierna al sonreír, terrible ó graciosa, á veces divina, pero enfermiza y vacilante. ¡Felices, por tanto, aquellos que tienen una en la que puedan confiar, y que no hayan perdido su fe primera, estudiando el mecanismo de la admiración!

III

EL AVE

Hasta en París hay días de hermoso sol y se experimenta á veces el deseo de irse á las diez de la mañana al jardín de las plantas. Nadie hay allí todavía; los animales están solos; se está en buena compañía; entre las llamas y los osos corre un arroyo límpido. Dos hilos de agua que se deslizan entre las raíces de las acacias, van vertiéndose en un pequeño lago y levantan anchas ondulaciones brillantes. Ansa-res lustrosos, de rara forma, borbotean allá y trabajan con sus patas y sus alas. La grulla de Numidia, delicada y frágil, se acerca como una damita tímida y considera con inquietud aquellos turbulentos pasatiempos. La garza ética corta con su pico puntiagudo las lombrices, que se retuercen en el limo; después, de pie sobre una pata, mira con un aire resignado ante sí, sin saberse qué. Bandadas de patos asiáticos abordan gravemente á la orilla; las gaviotas van saltando, revoloteando, infatigables, zambulléndose furiosamente y salpicando de lodo toda la mar; voltean, cacarean, golpean sobre el agua y sobre la arena, y hasta entre los pies de los bueyes negros, sus buenos amigos; hasta entre las ramas de los jóvenes sauces, inclinados, que comienzan á vestirse de una verdura algodonosa. Más arriba, en los árboles, los gorriones cantan; del fondo del jardín llega un sordo rumor, clocleos de gallina, píos de faisanes, ronquidos de alondra, gorjeos de pájaros cantores, concierto le-

jano de toda la creación alada: volátiles empenachados, enmoñados, palmípedos, acuáticos, aéreos, terrestres, que croan ó cantan, y ante tal espectáculo queda estremecida el ánimo al aspecto de la luz ágil, de las bellas aguas rizosas, de los jóvenes retoños que se abren, de la savia que hace estallar los botones rojos, de la vida primaveral que enflorace la tierra y que entra con el aire suave hasta lo más profundo del corazón. Al cabo de una hora hay que marcharse, pues he aquí que viene este desagradable bípedo, el hombre: los gotosos y los murmuradores, los soldados y las criadas. Pero una vez en vuestra habitación, si abris este libro, podréis creer que aún tenéis delante y estáis en compañía de la garza, del ruiseñor y del cisne; una pajarera y un museo.

¿Cómo se ha hecho naturalista M. Michelet? Por casualidad, por bondad y por compañía. Enfermo y ocupado de cuidar una persona enferma, ha contemplado con ella el campo. Un ruiseñor y un cuellirrojo, en su habitación, gallinas en su corral, chorlitos y golondrinas sobre su techo, le han hecho volver los ojos hacia las aves.

Involuntariamente las ha amado, y he aquí que defiende su causa. «¿Qué hacer para protegerlas? Revelar al pájaro como un alma, mostrar que es una persona. *El ave, pues, una sola ave*, es todo el libro; pero á través de las verdades de su destino, se hacen, se acomodan á las mil condiciones de la tierra, á las mil condiciones de la vida alada... Así se nos aparece su idea calurosa como aquella de la primitiva alianza que hizo Dios entre los seres, del pacto

de amor que ha puesto la madre universal entre sus hijos.»

M. Michelet permanece aquí reflejado en su obra. Este volumen de psicología no se halla en disparidad con los otros, sino que los completa. El historiador que conocéis aparece á través del naturalista que descubris. El libro de *El Ave* no es más que un capítulo añadido al libro del *Pueblo*; el autor no sale de su carrera, la alarga. Había pedido en favor de los pequeños, de los sencillos, de los niños, del pueblo; ahora suplica en favor de las bestias y de los pájaros.

No hay filósofo más conforme con su genio. Este genio es la inspiración apasionada, la sensibilidad extremada y poética, la facultad de descubrir las emociones, experimentándolas, de conocer los seres, transformándose en ellos mismos. Para él la ciencia y la historia no son obras de análisis, sino de instinto. En lugar de contestar los hechos uno á uno, con circunspección, de razonarlos paso á paso, de probar todas las proposiciones, de establecer clasificaciones regulares, de deducir lentamente leyes generales, de anotarlas mediante fórmulas secas, de rectificarlas veinte veces con la duda de un escéptico, de corregir minuciosamente cada expresión para atender á la exactitud perfecta, entra violentamente en la historia, con voces de cólera ó de entusiasmo, adivinando un carácter mediante una palabra, juzgando un hombre por su retrato; amigo ardiente ó enemigo encarnizado de sus personajes, tomando por guía sus simpatías y sus iras, teniendo por crítica el delirio de la oda y corriendo á través de la emoción hacia la

verdad. Los demás apartan la pasión, como un velo; él la acepta, como una luz. Los demás rechazan el instinto, como una debilidad; él lo recoge, como una fuerza; los demás rechazan el ditirambo, como un error; él se le entrega, como á un revelador.

De ahí su filosofía y la filosofía de este libro. Cada uno hace la suya á su imagen. Cada uno prescribe á la ciencia los hábitos de su pensamiento. Cada uno ofrece al Universo el ideal que á sí mismo se propone. Cada uno impone á la Naturaleza las necesidades que él lleva en sí.—M. Michelet tiene el instinto por método: por esto glorifica el instinto, ayer en el pueblo y hoy en las bestias. Rebaja el razonamiento y el análisis y eleva la creencia espontánea y la adivinación irreflexiva. Ayer, prefería el buen sentido del campesino á las teorías del hombre instruido, y pedía al pueblo la verdad acerca de la Revolución francesa. Hoy se indigna contra aquellos que tratan el instinto de fuerza ciega, que no ven «de qué manera esta razón iniciada difiere poco en naturaleza de la alta razón humana»; que no desentrañan en el pájaro el genio del constructor, del artista, del músico, la facultad de enseñar y de aprender el profundo amor, el sacrificio, el valor, los más bellos sentimientos y las más bellas energías de nuestra alma; un alma, en fin, emparentada con la nuestra.

M. Michelet tiene la simpatía por talento; por esto glorifica la simpatía; ayer, la de los hombres entre ellos; hoy, la de los hombres y las bestias. Detesta el orgullo, la dureza, la vida solitaria. Exalta la bondad, la fraternidad, la vida social. Ayer llamaba

á la patria «una gran amistad», enseñando por deber al hombre, el sacrificio y la ternura; llamando á la concordia á las clases opuestas; dando por divisa á la revolución futura, no la libertad orgullosa, no la niveladora igualdad, sino la fraternidad generosa. Hoy, prueba á establecer la paz entre los pájaros y el hombre, mostrando que muchos de aquéllos son servidores nuestros; que casi todos son nuestros aliados y nuestros amigos; que estas jóvenes almas, apenas bosquejadas, infantiles, deben ser tratadas como hermanas por la nuestra, y que el destino del hombre, bárbaro y brutal todavía, es reunir todos los vivientes en una gran república, al soplo del amor universal.

¿Esta filosofía despierta la verdad? Al menos proporciona el talento. Si no es conforme á la ciencia, es conforme á la poesía. Si no hace sabios, hace artistas. ¡Qué don el de encontrar todos los sentimientos, de entrar en el alma de todos los seres, de reproducir en el estrecho recinto de sí mismo todas las formas de la vida y la verdad infinita del universo! Este don parece ya grande cuando se aplica á reformar los pensamientos y las pasiones de los hombres, cosas comunes, vulgares, que percibimos en nosotros mismos y que no tiene para nosotros el atractivo de la novedad. ¡Pero cuánto más grande no es cuando se emplea en hacer comprender el alma de los seres mudos, separados de nosotros por el abismo de las especies; el revelar la vida misteriosa de los animales, de los bosques y de las olas!

Primeramente los pájaros-peces, los pingüinos,

mancos, inmóviles en largas líneas, en las islas de nieve, entre los cristales agudos de las tierras australes. «En su posición vertical, con su ropaje blanco y negro, se creería ver en ellos bandadas numerosas de niños con delantales blancos. Estos hijos menores de la Naturaleza, confidentes de las viejas edades de transformación, parecerían á los primeros que los viesen, extraños jeroglíficos. Con sus miradas dulces, tiernas y vagas como la faz del Océano, parecen mirar el hombre, el último nacido en el planeta, desde el fondo de su antigüedad.»

Respecto á otras aves, las alas poco á poco se separan, se agrandan, se hacen aéreas; el pájaro no nada, vuela; y ois las vocingleras gaviotas que se ciernen imperturbablemente sobre las olas del Golfo de Vizcaya, mientras que la onda marina, acumulada desde la América, escala rumorosa las escarpas de la costa. «Día y noche, Sur y Norte, mar y playa, presas muertas y vivas, todo es lo mismo para ellas. Todo lo utilizan, están en todas partes, pasean vagando desde las olas hasta el cielo su vuelo blanco. El viento nuevo que torna y cambia, es de continuo el buen viento que va donde ellas quieren ir.» Su pupila, clara y fría, es del color del mar del Norte, gris, indiferente. «¿Qué decir? Este mar es más emocionable. El viejo padre Océano, disimulado, colérico con frecuencia, bajo su faz pálida, parece que desarrolla muchos pensamientos. Sus hijas, las gaviotas, parecen menos animadas que él.»

Mucho más alto, «el primero de la raza alada, el audaz navegante que no plega jamás el vuelo, el

príncipe de la tempestad, despreciador de todos los peligros», el águila del mar blanco, con su pequeño cuerpo entre sus inmensas alas, rema de la Europa á la América, con la viveza del huracán y con un vuelo tan igual que parece dormido». En verdad, que M. Michelet ha debido creerse más de una vez pájaro al escribir estas páginas. Era debida esta recompensa al naturalista Wilson, que un día, escuchando la canción de una curruca, dijo: «Yo mismo iría en este momento y le acompañaría en su soñar.» Él ha hablado con las bestias, como los antiguos brahmanes. Una vez, viendo á la melancólica garza, plantada sobre una de sus patas, que contemplaba en el agua tersa su delgada imagen, se atreve á interrogarle de este modo:

Yo le dije desde lejos estas palabras, que su muy fino oído percibió claramente: «amigo pensador, ¿podrás decirme, sin abandonar tu actitud, por qué siempre tan triste, y aún pareces más triste hoy? ¿Has perdido tu presa? ¿Acaso el pez más sutil ha burlado tus miradas? ¿La rana burlona te ha desafiado desde el fondo del agua?»

—No; ni pez, ni rana, se han reído de la garza...; es la garza misma quien se ha reído de sí; se desprecia, cuando da en pensar lo que haya sido de su noble raza y del ave de los antiguos tiempos...

«La tierra fué nuestro imperio, el reino de las aves acuáticas, en la edad intermedia en que aquélla, joven, emergía de las aguas. Tiempos de combates, de lucha, pero de abundantes subsistencias. No había una sola garza que no se ganara la vida. Ninguna necesidad había ni de esperar, ni de perseguir: la presa perseguía al cazador; ella silbaba ó croaba por todas partes. Millones de seres de naturaleza indecisa: pájaros, sapos y peces alados, infestaban los límites mal trazados de los dos elementos. ¿Qué hubiera sido de vosotros, débiles y úl-

timos nacidos del mundo? El ave os ha preparado la tierra. Libraron combates enormes contra los monstruos hijos del cieno; los hijos del aire, las aves, tuvieron que habérselas con tal gente. Si vuestras historias ingratas no han trazado nada de esto, la historia obra de Dios lo cuenta en el fondo de la tierra, donde ha depositado á los vencidos y á los vencedores, los monstruos exterminados por nosotros y los que los han destruido.

«Vuestras ficciones mentirosas os adormecen con la idea de un Hércules humano. ¿De qué le hubieran servido sus mazas contra el plesiosauro? ¿Quién hubiera esperado cara á cara á este horrible leviathán? Para eso hacía falta el vuelo, el ala vigorosa é intrépida que desde lo más alto se lanzara, volviera á levantarse y á arrojarse de nuevo, hércules-ave, el epiornis, un águila de veinte pies de altura y de cincuenta pies de longitud, de extremo á extremo de sus alas abiertas, implacable cazador que, señor de tres elementos, el aire, la tierra y el limo profundo, perseguía al dragón sin darse reposo.»

Consumido en esta lucha gigantesca, el pájaro vencedor se aminora cuando se aminora el elemento húmedo; los pájaros del limo, de largas zancas, insensiblemente han desaparecido. Sus hermanos los pelícanos y los cisnes se hacen raros. «En vano se buscaría las blancas bandadas que cubrían con sus vuelos las aguas del Mincio, las marismas de Mantua, que lloraban á Faetón á la sombra de sus hermanas, y en su vuelo sublime perseguían á las estrellas con cantos armoniosos, llevándolas el nombre de Varo.» La ternura del poeta reanima estas criaturas. Las ama tanto, que las ama demasiado. El ruiseñor es un dios en este libro y M. Michelet es su profeta. Él ha tenido visiones, oyéndole, como las tuvo Mahoma. Ha escrito á propósito de aquél diálogos como los del Corán. Le

ha visto pasar tímido, mudo, envuelto en su oscuro hábito, entre el follaje crujiente del Otoño. ¿Por qué te vas? ¿Por qué no permaneces en Provenza, en las gargantas donde el tibio sol de invierno luce tan dulcemente como en la más hermosa primavera?

«No; necesito partir. Los otros pueden permanecer: ellos nada tienen que hacer en el Oriente. A mí me llama mi cuna; es preciso que torne á ver aquel cielo brillante, aquellas ruinas luminosas, donde mis mayores cantaran; es preciso que yo me pose sobre mi primer amor, la rosa de Asia, y que yo en sol me bañe..., tal es el misterio de mi vida; allí está la llama fecunda en donde renacer á mi encanto y mi voz, mi musa es la luz.»

Parte y helo ya ante la gran puerta de Italia, ante los Alpes fríos y blancos, poblados por todos los salteadores de los aires, que le esperan.

Se detiene á la entrada sobre una casa amiga que yo sé ó en el bosque sagrado de los carmelitas, delibera y se dice: «Si paso de día, todos están allí; ellos conocen la estación; el águila caerá sobre mí y seré muerto. Si paso de noche, el gran duque, el buho, el ejército de horribles fantasmas de ojos que se agrandan en las tinieblas, me agarra y me lleva á sus pequeños... ¡Ay! ¿Qué haré, pues?; procuraré evitar la noche y el día. En las penumbras venturosas de la mañana, cuando el agua fría desvanece y hiela en el aire á la bestia corpulenta y feroz que no sabe construir un nido, yo pasaré desapercibido de ella... y cuando llegue á verme, yo me habré alejado, antes de que pueda poner en movimiento el pesado aparejo de sus entumecidas alas.

Bien pensado; pero, no obstante, muchos accidentes sobrevendrán. Parte en plena noche y halla de frente, en la larga Saboya, el viento del Este, que le entorpece y retarda su marcha, quebrantando sus fuerzas y sus alas... ¡Dios! ¡Es de día!... Estas montañas, vestidas ya, en Octubre, de blanco

manto, dejan ver sobre su nieve inmensa un punto negro que vuela á tiro de flecha. ¡Qué lúgubres son estas montañas bajo el blanco lienzo que en pliegues inmensos la recubre! Aunque sus pies permanecen inmóviles, crean por debajo y en rededor de ellas un eterno bullir, de corrientes violentas y contrarias, que chocan unas con otras y tan crecidas de tiempo en tiempo, que para atravesarlas hay que esperar; «y si trato de pasarlas por más abajo, los torrentes, que braman en la umbría, con fragor de tempestad, producen trombas que pueden arrastrarme; y si me elevo á las altas y frías regiones esplendorosas, me entregaré yo mismo: que la escarcha se adherirá á mis alas, entumeciéndolas.»

¿No hay en esto todo un drama? ¿Quién no se sentirá movido de ansiedad por la pequeña ave viajera perdida entre las tempestades de la nieve? ¿Quién no verá bajo esta mano mágica, el Otoño de las montañas, las negras profundidades de las gargantas donde rastrean las nubes, las crestas áridas que se esclarecen á la aurora, de un triste sonñeir helado? El drama concluye por una oda, que es el himno al ruisseñor. Lo que éste canta es su amor, su dolor, sus goces y sus esperanzas infinitas. Había descrito Buffon, con prodigalidad de nobles palabras, las resbaladuras, los ecos y resonancias de la voz, los trinos, los arpegios de sus ramajes; buen observador y atento analista, definió todas las operaciones de esta garganta, no percibiendo sino la parte exterior del himno. Pero lo que M. Michelet ha percibido es el manantial interior, la pasión musical, el alma creadora; el ruisseñor «ve los árboles, el objeto amado que le transfigura; ve su vivacidad tierna y mil gracias de la vida alada, que la nuestra no puede alcanzar. Le habla y ella le responde; se encarga de dos papeles: á la gran voz varonil

y sonora, responde con dos pequeños gritos: ¡Qué! ¿Todavía? Yo no tengo duda que ya no es su propia vida la que se presenta á su recuerdo, la tierna intimidad del nido, la humilde y pequeña casa que fuera su cielo... Acercaos y veréis un amante; alejaos y veréis un Dios. La melodía, aquí vibrante y de un ardiente llamamiento á los sentidos, allá bajo se agranda, se amplifica por los efectos de la brisa; es un canto religioso que llena toda la selva. De cerca se trata del nido, del amante, del hijo que debe nacer; pero de lejos es ya otro este amante, otro este hijo; es la Naturaleza, madre, hijo y amante eterno, que se cantan y se celebran; es lo infinito del amor, que ama en todo y canta en todo; son los enternecimientos, los cánticos, las complacencias que se cambian entre la tierra y el cielo.» He aquí el panteísmo profundo, apasionado, místico, donde termina este talento ó donde se acaba esta filosofía. El artista prescribe, sobre todas las cosas, el Amor y la Vida. En las profundidades del sér, las substancias inciertas se funden las unas con las otras por las violentas afinidades químicas, aspiran, con una sed ardiente, aquellas que deben transformar y transportar su sed, y el mundo, que parece inmóvil, es el maridaje incesante, misterioso é invisible de los cuerpos que se unen, precipitados los unos hacia los otros, por un ciego deseo. La sorda voluntad que liga al suelo la pesada piedra y retiene alrededor del Sol el cortejo de los planetas, desenvuelta en la planta por necesidades más complicadas y por una labor más sabia, allí vegeta ligada todavía á la materia, y no se desarrolla sino por la es-

tructura que ella compone y sostiene. Pero libre ya en el animal, habita en él bajo la forma de instinto é imagen; mas se cambia en idea en el hombre, y el poeta percibe por ella el universal parentesco de las cosas; reconoce el alma infinita, la creadora inmortal, la gran madre, invertida de continuo en poner nuevos seres vivientes bajo la luz del sol. En el fondo de los bosques, durante los días de estío, cuando las exhalaciones olorosas suben al aire; cuando el largo murmullo de las hojas, de los pájaros y de los insectos vienen á llenar el oído; cuando el aire, embalsamado, emborracha como el vino, y una nube de luz envuelve la cuna de los montes, se siente uno tentado, como él, de confundir las cosas en un sólo sér, y se comprende cómo un artista, entreviendo la faz de la eterna deidad, ha dicho que se llama Amor.

Dejadle abandonarse á su sensibilidad exaltada, á su simpatía apasionada, á su emoción nerviosa: con los animales resucitarán los seres inanimados. Con el pensamiento de los pájaros nos mostrará el pensamiento de los árboles y de las piedras. ¡Y qué paisajes; que el corazón es mejor pintor que los ojos! En vano vuestro espíritu será un espejo donde percibáis la forma exacta de cada contorno y el matiz preciso de cada color. En vano me nombraréis el verde y el blanco, la línea quebrada y la línea sinuosa. Lo que con esto me haréis ver es muy poco. Es necesario que descubráis el sentimiento bajo la forma que lo expresa, y el solo medio de suscitar en mí las imágenes es provocar en mí emociones. Si uno ve los paisajes de M. Michelet, se los siente y se percibe que los

siente. El los sentía cuando describió su colina natal, extendida sobre las aguas grises de la Vendée y las aguas verdoso-amarillentas de la Bretaña, antiguo jardín abandonado, lleno de grandes vallados y de cerceros, donde las lluvias nutren una verdura exuberante, colmada de plantas domésticas y salvajes, de haces de alta hierba, lujo de vegetación abandonada, «florescencia tierna y desbordante, bajo un cielo húmedo, tibio y dulce.» El los sentía, cuando pintaba las marismas de América, largos brazos de mar abandonados al retirarse las aguas, donde el pueblo de cedro hunde sus pies en el limo, que fermenta, y sus flechas entrecruzadas extienden un crepúsculo siniestro. Pero la verdadera patria de esta imaginación ardiente es el país del sol, la región abrasada del Globo y la devorante naturaleza de los trópicos: su violencia, su concentración febril imitan la energía insensata y los furiosos esfuerzos. Mery la ha pintado también, pero su rica imaginación y su entusiasmo no iguala la embriaguez enfermiza y nerviosa, los accesos de poesía convulsiva, las frases vibrantes, las palabras agudas como flechas con las puntas de fuego, el chisporroteo luminoso que aquí estalla: habla el artista de esos insectos encarnizados cazadores, insaciables glotones, excitados, picados por el calor, por el estímulo de un mundo de especies y de substancias acres, que pululan en las selvas vírgenes, «donde os habla todo de la vida, donde fermenta eternamente el buyente crisol de la Naturaleza.»

Aquí y allá, las vivientes tinieblas se esparcen, con una triple belleza, por los árboles gigantes, por los enlazamientos de

las plantas trepadoras y por las hierbas de treinta pies de largas y soberbias hojas. En algunos sitios estas hierbas se hunden en las copas de los viejos limoneros primitivos, mientras que á cien pies más alto, por encima de la gran noche, las flores altaneras y pujantes se miran en el fuego solar.

En los claros, en los estrechos pasajes donde penetran sus rayos, hay un centelleo, un desbordamiento eterno de escarabajos, mariposas, pájaros-moscas y colibríes: pedrería animada y móvil que se agita sin reposo. La noche, ¡escena más admirable!, comienza la iluminación hechicera de las moscas luminosas que por millares de millones forman arabescos fantásticos y fantasías pasmosas de luz, grimarios de fuego. Con todo este esplendor, en las partes pantanosas, chapotea un pueblo obscuro, un mundo deforme de caimanes, de serpientes de agua. En troncos enormes de árboles, las fantásticas orquideas, hijas amadas de la fiebre, hijas del aire corrompido, raras mariposas vegetales, se suspenden y parecen volar. En estas mortuorias soledades, ellas se deleitan y se bañan en los miasmas pútridos; ven la muerte que produce su vida, y traducen, por el capricho de sus colores indefinidos, la embriaguez de la Naturaleza.

No cedáis, defendeos; no dejéis ganar por el encanto vuestras cabezas abrumadas. ¡Alerta! ¡Alerta! Bajo cien formas os rodean los peligros; la fiebre amarilla está sobre las flores, y el *vómito negro*; á vuestros pies vibran los reptiles. Si os rendís á la fatiga, un ejército silencioso de anatomistas implacables tomará posesión de vosotros, y un millón de lancetas harán de todos vuestros tejidos un encaje admirable, una gasa, un soplo, la nada.

¡Qué! ¿Seréis vosotros, flores animadas, topacios y zafiros alados, seréis vosotros quienes amparáis mi salud? Vuestra violencia libertadora, encarnizada en la depuración de esta superabundante y furiosa fecundidad, sólo sirve para hacer accesible la entrada al peligroso mundo de la hechicería.

Aquellos á quienes el autor aquí apostrofa, son sus hermanos. El colibrí y el pájaro-mosca son la

imagen viviente de su genio. El tiene sus brillantes expansiones, su loco apasionamiento, su velocidad, su furia, sus alas. Hace callar en él la crítica, y se pinta á sí mismo en el siguiente retrato:

La vida en estas llamas aladas es tan ardiente, tan intensa, que desafía á todos los pájaros. Su batir de alas es tan vivo, que la vista no le percibe; el pájaro-mosca parece inmóvil, completamente sin acción; y un *¡hour! ¡hour!* continuo surge de él, hasta que, con la cabeza inclinada, pugna por hincar su pico en el fondo de alguna flor y luego de otra, sacando de ellas jugos, y de acá y de allá diminutos insectos; pero todo esto con un movimiento tan rápido que á nada se parece; movimiento rudo, colérico, de una impaciencia extrema, y á veces furioso. ¿Contra quién? Contra un abultado pájaro que persigue á muerte y caza, contra una flor ya devastada, á la cual no perdona que no le haya esperado. Se muestra encarnizado contra ella, hasta el exterminio, y hace volar sus pétalos.

Como es sabido, las hojas absorben los venenos del aire y las flores los reabsorben. Estos pájaros viven de las flores, de aquellas penetrantes flores, de sus jugos abrasadores y acres; en realidad, de venenos. Parece darles estos acres jugos su áspero grito y la eterna agitación de sus movimientos coléricos. Tales jugos acaso contribuyen, más directamente que la luz, á los cambiantes de estos reflejos extraños de su plumaje, que hacen pensar, al verlos, con razón, en las piedras preciosas más que en las plumas y las flores.

Y nosotros también diremos que no es la luz del arte y el sentido de la belleza lo que colorea este estilo, sino la pasión devoradora en que se abreva y exalta. Otro perdería en ella la razón; M. Michelet encuentra el genio y la tensión constante de su máquina nerviosa: en lugar de consumirlo, le nutre.

De ahí estas extrañas formas del lenguaje, que pa-

recen violación de la sintáxis y desorganización de la gramática. Cuando tiene necesidad de expresiones las inventa, casi siempre con razón. Nadie ha estudiado más el lenguaje. Se dirá que lo tuerce; y es que lo ha formado para su uso. Habla de otro modo que los demás, porque piensa de otro modo que los demás. Su frase se contrae para igualar la concentración de su pensamiento. El verbo la abandona, desaparece. Lanzada como una revelación, pasa por alto, para ir más de prisa. Ya toma actitudes atormentadas y se forma de inversiones; ya toma un aire negligente y se forma de repeticiones. Ella copia la idea tal como viene y á medida que viene, imitando el movimiento natural del espíritu y el progreso brusco de la inspiración. «Estos pájaros—dice—viven de las flores, de estas penetrantes flores, de sus jugos abrasadores y acres; en realidad, de venenos.» La expresión primitiva es aquí tres veces corregida, desarrollada. Poned en su lugar: «estos pájaros viven sobre las flores, de sus jugos acres y abrasadores que son venenos», y habréis escrito de primera intención la expresión definitiva; pero no habréis expresado el tanteo, la marcha apasionada del espíritu que busca y encuentra.—Entonces, á fin de expresar un movimiento, es necesario emplear una preposición por otra: «La larga comadreja se insinúa al nido sin rozar una hoja.» Si hubiera dicho: «La larga comadreja se insinúa en el nido», la frase no imitaría la acción del animal.—Para traducir los sentimientos por las sensaciones, para confirmar las impresiones del alma por las impresiones del oído, M. Michelet resulta ser

artista hasta en las preposiciones y los artículos: no hay un estilo más imitativo que el suyo. «El halcón vuela con ala silenciosa y como enlutada con borra de seda.» Estas vocales ahogadas que se entrechocan hacen deslizarse á la frase tan silenciosamente como el ave. El orden de las palabras en él no es el orden gramatical, sino el orden lógico. Nota las diferentes partes de sus visiones á medida que pasan ante él una á una, y la construcción marca su curso. Ved si no esta frase: «Pero el tiempo negro se disipa, el día reaparece, yo veo un pequeño punto azul en el cielo. Feliz y serena región que guardará la paz por encima de la tormenta. En este punto azul, regiamente nada un pájaro menudo, de ala inmensa, á 10.000 pies de altura. ¿Goëland? No: el ala es negra. ¿Aguila? No: El ave es pequeña». «Feliz» debe ser la primera palabra, porque la emoción dominante primera es un impulso de bondad. La misma razón hay para la construcción transtrocada de la frase siguiente. Cuanto á estas palabras, «¿Aguila? ¿Goëland?» son gritos de interrogación que no se pueden decir de otra manera. Además, un pasaje sobre las golondrinas, muestra cómo la abreviación de la frase y la posición del vocablo hacen entrar la sensación en los ojos y en el alma: «Con frecuencia se precipitan cayendo casi, rasando la tierra; pero tan vivamente se levantan que se las creería lanzadas de un muelle ó flechadas de un arco». Un escritor dado á la regularidad hubiera cortado la frase después de la palabra «tierra», y no la hubiera continuado, no expresando por tanto la continuidad del vuelo. La última sílaba *presque* (casi), muda y truncada,

pinta con una fuerza asombrosa la caída contenida súbitamente; si se hubiera puesto «por un resorte, por un arco», se perdería toda la energía imitativa; y sobre todo, su frase es un canto. Todo poeta es músico. Este amigo de Virgilio, lo es mucho más que otros. Tiene la necesidad de mecer el pensamiento al son cadencioso del período y la melodía, que contrasta ó desarrolla, hace dolorosa ó tierna, añadiendo el fantasma á la idea y la poesía á la pasión.

Yo he notado muchos pasajes que parecerían extraordinarios en otro: las rarezas ingenuas de un panteísta alemán, la comparación hecha de los pájaros con el Mesía, «y participando del divino privilegio del Espíritu Santo, de estar presente en todas partes»; las bendiciones dadas á las focas; los movimientos de envidia respecto á las ballenas; una multitud de apóstrofes, de gestos, de transportes; la exaltación de un fakir, el abandono de una mujer nerviosa, el hábito de pensar á voces y á gritos. ¿Se deben vituperar estos excesos? Las bellezas los avaloran y sin ellos ellas no existirían; su pasión constituye su genio. Además, esta forma de espíritu es un tipo, que tiene el derecho de existir, con el mismo título que los demás; y aquello que sería sin razón en los otros, es razón en él. Cada tipo es bueno como él es; en el mundo racional, como en el mundo animal. Su perfección y su ley son desenvolver su sér, y si algún espíritu hay que no sea completo en su género, es éste; nadie reprocha á la garza sus largas y frágiles piernas, su cuerpo delgado ni su actitud contemplativa é inmóvil; nadie vitupera á la fragata las alas in-

mensas y los pies cortos; aquella delgadez es una belleza en la garza y esta desproporción es una belleza en la fragata; la una y la otra manifiestan una idea de la Naturaleza, y la obra del naturalista ha de ser comprenderlas y no ridiculizarlas. El crítico es el naturalista del alma: acepta sus formas diversas; no condena ninguna y las describe todas; juzga que la imaginación apasionada es una fuerza tan legítima y tan bella como la facultad metafísica, ó la potencia oratoria; en lugar de rechazarla con desprecio, la disecciona con precaución, la pone en el mismo museo que las otras y en el mismo rango y se complace, viéndola, de la diversidad de la Naturaleza; no le pide que amengüe, que sufra la autoridad de facultades contrarias, que se haga razonable y circunspecta; ama hasta sus locuras y sus miserias. Hace más: á fuerza de observarla, se transforma en ella; á fuerza de explicarse sus límites y de hallarlos lógicos, repite involuntariamente sus límites. G. Saint Hilaire decía que en Egipto, acostado sobre la arena del Nilo, sentía despertarse en él los instintos del cocodrilo. A fuerza de analizar la imaginación apasionada, el crítico participa de sus visiones y de su pasión, hasta encontrar razonables su pasión y sus visiones. Si la juzga, no es para decir que sea bella ó monstruosa, sino para demostrar que es propia ó impropia para tal ó cual empleo. Un naturalista dice que la garza está hecha para vivir en los pantanos; que la fragata debe volar sobre los mares y que la garza, transportada á un terreno seco, y la fragata, encerrada en un bosque, no podrán vivir. Un crítico piensa que la sensibilidad

apasionada aplicada como obrero á la filosofía y á la historia, debe descubrir verdades superiores, cometer muchos errores, aventurar muchas hipótesis, probar poco, exagerar mucho; pero que aplicada al arte, formará los caracteres más vivaces, los dramas más conmovedores, el estilo más avasallador, los pasajes más visibles; que con un soplo de fuego animará los seres inertes; que, yendo del Polo al Ecuador, de la América al Asia, despertará en nuestro cerebro una fantasmagoría de visiones luminosas, ricamente creadora, impetuosa, ardiente, universal, semejante á la gran Naturaleza, que en la vida furiosa de sus trópicos, presenta una imagen de su violencia y de su explosión. Se dice que hay hoy tres poetas (1) en Francia; Michelet es el cuarto, y su prosa, ante el arte y ante el genio, valen por sus versos.

(1) Alfredo de Musset, Lamartine y Víctor Hugo.—Berán-ger es un prosista, hombre de ingenio, muy aplicado y el cual ha puesto rimas á su prosa.